

ILUSTRACIONES CON RECORTES DE PERIODICOS CULTURA Y "MASS MEDIA"

El tema de nuestra XXII Reunión CRISIS Y REVOLUCIÓN EN LA CULTURA nos ha estimulado para recortar unos artículos relacionados con el problema enunciado. Tenemos la fundada preocupación de que masificar la cultura es como buscar la cuadratura del círculo; pero, oigamos otras opiniones:

I. ¿QUÉ ES LA CULTURA?

Julián Marías, en tercera plana de ABC del 17 de abril de 1983, lo explica en su artículo LA POSESIÓN DE LA CULTURA.

«Una cultura es una configuración que permite organizar la realidad en una figura de mundo. Reténgase la aparente repetición: configuración, figura. La cultura es un instrumento para que la realidad, que no está "dada", que es en principio ilimitada, cuyos elementos o ingredientes van "entrando en escena", al hacerlo ingresen en una estructura —credencial, conceptual, estimativa, proyectiva— donde ocupen su lugar, de manera que el hombre pueda así orientarse, saber a qué atenerse, ser el que pretende ser, y, más aún, el que tiene que ser.»

Y añade:

«No se piense en nada demasiado "intelectual". El campesino analfabeto de los siglos pasados tenía una manera sobre todo credencial, inmemorial, narrativa, de formas de vida, de usos y fiestas y juegos, de poseer la cultura de su país, que de hecho era mucho más amplia y en algunas dimensiones abarcaba toda la extensión de la cristiandad con toda su herencia. Los que conocían de manera conceptual esa misma cultura, los "letrados", participaban de las formas populares, que no les eran ajenas —y que, si eran inteligentes, no desdeñaban—, y eran los encargados de estimularla, dilatarla, hacerla innovar.»

Poco más de un mes después el P. Gabriel del Estal, en "Tribuna Abierta" de ABC del 25 de mayo, explicaba el significado de las palabras CULTURA, CIVILIZACIÓN Y TÉCNICA. Releamos:

«No es lo mismo cultura que civilización. Protagonista o actor principal de la cultura es el hombre. Protagonista o actor principal de la civilización no es el hombre, sino los pueblos, el Estado, la civitas, de donde la palabra misma civilización etimológicamente nace. Cultura y civilización coinciden en el triunfo de la razón sobre la naturaleza. En su domesticación por la racionalidad del hombre ...»

«Tampoco son lo mismo cultura y erudición. Cultura es síntesis, o la solera del saber. En ella hay un pasado hecho proyección hacia el futuro. Es tiempo e historia vivos. Erudición es análisis, pero sin escrutinio y sin contraste de reflexión

sobre datos y hechos, sino memoria retentiva: o una enciclopedia. El pasado huele aquí a necrópolis. Es tiempo e historia muertos.»

Ahondando en la primera distinción, precisa:

«La cultura antecede a la civilización, en la misma medida en que el hombre es anterior a la sociedad. Pero la sobrepasa después. La cultura tiene siempre acento vivo. La civilización pasa pronto a arqueología. Spengler interpreta la historia humana como creadora de culturas. Toynbee, como creadora de civilizaciones. El idealismo alemán y el pragmatismo inglés están representados por esas dos ópticas. Con una visión paralela, los filósofos griegos y romanos razonan y hablan sobre planos de cultura. Los eruditos franceses del siglo XVIII razonan y hablan sobre plano de *civilisation*. Es justamente aquí cuando nace esta última palabra, por obra de los enciclopedistas burgueses, que comienzan a deshumanizar al hombre. La proclamación solemne de los derechos humanos y de las libertades civiles, decretada con olor a pueblo por la *revolución del tercer estado* en 1789, refleja este espejismo histórico.»

En suma:

«Un hombre culto es crítico, responsable, creador. Un hombre civilizado es convivencial, abierto a los otros, a las conexiones sociales.»

Cómo encajan los saberes científicos y técnicos en la cultura y en la civilización, lo expone seguidamente:

«La instrumentación progresiva así de las culturas como de las civilizaciones desemboca en los saberes técnicos. *Cultura*, *civilización* y *técnica* son cronológicamente principio, medio y fin. El proceso creador y cognoscitivo de las culturas se enfatiza en la ciencia. El proceso sistematizador y operacional de las civilizaciones se enfatiza en la técnica. Una y otra se distinguen.

»*Ciencia*, desde Aristóteles, es el conocimiento de las cosas por sus causas. Su contenido formal es la *Idea* pura. *Idea* en sí es toda representación mental de un objeto, de una cosa, sin límites de tiempo y circunstancias individualizantes, elevada categóricamente a arquetipo universal de valor absoluto. Se expresa como pensamiento. *Técnica* es el arte o modo de plasmar una idea en forma real, dentro de un tiempo y una circunstancia determinados, con apertura posible a la creación de múltiples tipos singulares de valor concreto. Su contenido práctico es el servicio útil ...»

II. LO QUE NO ES CULTURA

Las ideologías, y entre ellas la tecnocracia, constituyen desviaciones de la ciencia y de la técnica que atentan contra el desarrollo cultural y

ponen en peligro la civilización. Oigamos explicarlo al P. Gabriel del Estal, en su mismo artículo citado:

«Distinta asimismo tanto de la ciencia como de la técnica, y por supuesto distinta de la idea más aún, es la *ideología*. Esta no pasa de ser un sistema coherente de ideas, aplicado a un tiempo y un espacio históricos, sin ascender a categorizaciones absolutas y sin concretarse en tipologías cerradas, con elevación a pauta dominativa de comportamientos para la sociedad. Se expresa como norma, en movimiento inestable de coyuntura. Finalmente y distinta de las tres anteriores —idea, ideología y técnica— aparece la *tecnocracia*. Es en rigor una ideología singular, determinante de una época definida, gobernada en el orden social, político y económico no por humanistas, sino por técnicos. Se expresa como acción de mando profesionalizado. Por la esclavitud mecanizada de su culto la sociedad padece hoy un empacho técnico, tanto en estructuras como en gerencias y servicios. Bajo el yugo de esta esclavitud, el hombre así mecanizado se deshumaniza. No es un ser libre. Es una máquina.»

Es un grave riesgo actual:

«Nos hallamos hoy, especialmente los occidentales, ante unos augurios y unos manifiestos deshumanizadores. Son los augurios y los manifiestos ya tangibles sobre el hombre esclavizado por las máquinas, que robotizan su libertad. Se trata de unas previsiones y unas experiencias de infelicidad tecnológica. Son las experiencias y manifiestos, las previsiones y augurios hechos por George Orwell con vista al año que se avecina, sacados a luz en la novela que lleva justamente este título: 1984.»

Y explica:

«Cultura, civilización y técnica constituyen el terreno abonado y los eslabones históricos del progreso. La historia de aquellas tres es la historia de este último. Progreso es libertad. Su actor es el hombre. Tanto la historia de la cultura, de la civilización y de la técnica como la historia del progreso son la historia de la libertad, de los valores humanos puros, del hombre libre como primer valor.

»El saber científico se valora en su razón real como humanística. Su sujeto propio y único es el hombre. Cultura, civilización y técnica son su campo vital ...»

En cambio:

«... Los ideólogos formalizan ese saber. Los *tecnócratas* lo gobiernan. Los *eruditos* ponen en su solapa una flor, sólo un perfume. El conocer simplemente erudito no profundiza en los posos de la cultura ni en la raíz de las civilizaciones. Es un deslumbramiento, una ofuscación efímera.»

Julián Marías, *por su parte, ejemplifica el actual retroceso cultural, provocado por la discontinuidad que produce la actual pérdida de la perspectiva histórica.*

«... Casi todo lo que se ha edificado desde la antigüedad hasta mediados del siglo XIX nos parece hermoso, atractivo, armonioso, desde la casa de adobes hasta las iglesias románicas, los castillos, las catedrales góticas, los grandes edificios renacentistas, barrocos o neoclásicos, y todavía las casas burguesas del siglo pasado. Y las ciudades o porciones de ciudades antiguas nos encantan invariablemente con su belleza. No podemos ver una pintura o un grabado antiguo en que aparezca una ciudad sin que nos sobrecoja un estremecimiento de placer estético. Desde el último tercio del siglo XIX, y de manera progresiva, ocurre lo contrario. No es que hayan desaparecido las construcciones o las formas urbanas con belleza; las hay, sin duda; pero son *excepciones*, improbables, y con la mayor frecuencia son agresiones a nuestra sensibilidad.

»¿Por qué ha ocurrido así? No me atrevería a improvisar una respuesta; pero se puede ver que se trata de una *falta de estilo*, de una inadecuación con las formas de la vida, muchas veces de una violencia, ejercida "por principios", contra el *gusto ...*»

Y aclara:

«... eso que he llamado el estilo es *la forma de la vida*, precisamente esa configuración en que la cultura consiste. Se ha roto, se ha fragmentado, se poseen piezas dispersas, se vive seducido por la exigencia de "novedad", de "originalidad", lo que engendra la discontinuidad, la incoherencia con el contorno y con el pasado. Y esto es precisamente lo que *impide innovar*: esto sólo puede hacerse apoyándose en el pretérito *conocido*, que nos lleva hasta hoy; y, como la vida se hace hacia adelante, nos empuja inexorablemente hacia el mañana. Cuando el pasado es ignorado o confundido, no se hace más que recaer en él y se entroniza el arcaísmo.

»En los últimos decenios se ha perdido la secuencia del tiempo. Salvo muy pocos, los hombres de hoy no conocen la articulación de la historia, no saben qué está antes ni qué está después, ni a qué distancia de nosotros. Llenos de datos y noticias, no saben dónde ponerlos ni qué hacer con ellos. Por eso no *poseen* esa cultura, de la cual están "informados", tal vez más que nunca, pero en la cual no están *instalados*, en la cual no pueden hacer pie para brincar hacia lo nuevo ...»

He ahí los resultados:

«La consecuencia inevitable es el *primitivismo* que aflora por todas partes, en medio del refinamiento técnico. Y no se olvide que éste ha sido posible porque en ese campo particular

no es posible la ruptura de la continuidad, porque nadie puede trabajar en esas cuestiones prescindiendo de lo que antes se ha hecho, y que está depositado en la doble forma de técnicas operativas y resultados conseguidos.

»Hay además otra razón. Todos están interesados en lo que asegura el bienestar material, ciertas destrezas y, sobre todo, la conservación de la salud. En cambio, el lado más humano de la cultura, el que se refiere a la personalidad de hombres y mujeres, interesa menos. En ocasiones —siempre que se desliza el espíritu totalitario de cualquier género o color— se va directamente contra él, porque la cultura intrínseca a la persona, la que hace que alguien sea con clarividencia quien es (y no "cualquiera"), es el obstáculo más grande a la manipulación, la garantía mayor de la libertad.»

El efecto es grave:

«La variación reciente de los sistemas de enseñanza en muchos países —en alguna medida, en todos— ha ido destruyendo progresivamente la posibilidad de poseer una cultura. No hace demasiado tiempo, los hombres de cierto nivel de educación estaban instalados en su cultura propia y con gran frecuencia poseían el torso de alguna más —en Europa e Hispanoamérica, por ejemplo, de la francesa—. Hoy no sólo esto no ocurre, sino que la posesión de la cultura francesa como tal, globalmente, en su corporeidad total, es precaria hasta para los franceses.»

Tanto más grave, porque,

«... una cultura no poseída como figura no es transitable; sus piezas sueltas, sus fragmentos, no permiten moverse libre y ordenadamente dentro de ella; engendra confusión, primero, y una especie de prisión, después. El hombre de nuestro tiempo, si no hace un esfuerzo denodado, vive enredado entre saberes sin figura, que lo paralizan y no le permiten reaccionar lúcida-mente ante la realidad que lo rodea. Y eso es precisamente la cultura: el instrumento general para que el hombre pueda ser hombre, alguien libre y no una cosa inerte.»

III. LA DENOMINADA CULTURA DE MASAS NO ES CULTURA.

El 27 de mayo publicaba ABC, en tercera plana, un artículo de Francisco Nieva, con el título NO ES CULTURA, que explicaba:

«Un noble propósito del socialismo ha sido el de informar culturalmente al pueblo, un poco menos que el de distraerlo. Pero ha sido un propósito anterior a la aparición e implantación de lo que ahora se llama "cultura de masas"»

Las características de la cultura de masas son, a su juicio, las dimanantes de su difusión por los modernos medios de comunicación y de estar orientada desde el poder:

«Yo creo que la cultura de masas es, obviamente, la que defienden y explotan los modernos medios de comunicación en compromiso espontáneo con la demanda del público. Digo compromiso porque puede ser una demanda no del todo satisfecha. La cultura de masas es, también obviamente, orientada por el poder.»

Su diferencia de la verdadera cultura la estima esencial. En primer término, advierte de que no puede constituir un paso hacia ella.

«... Es, sin embargo, un error pensar que, en general, la cultura de masas es un estadio desde el que se puede saltar fácilmente a la especialización y la creación incontrolada y reactiva. Esta última forma, la más esencial para el efectivo progreso, no sólo no es admitida por la cultura de masas, sino que ha surgido una clara oposición a ella y se la combate y vence con el pesado arsenal con que la cultura de masas opera hoy en el mundo.

»Lo peor que nos podría suceder es que unos supuestos intelectuales, desde las más acreditadas tribunas, exalten la cultura en general escondiendo el distingo entre una y otra forma de cultura. Y peor cuando vemos que, para la mayoría, la única que cuenta efectivamente es la primera. No sólo piensan, racional y políticamente, que sus objetivos son más claros, sino que, aceptando sus condiciones, es más fácil distinguirse en ella, triunfar y dominar. Un "best seller" se puede calcular, como no es posible calcular *La divina comedia* o *Una temporada en el infierno*, de Rimbaud. La cultura de masas posee el, para mí, despreciable secreto de prever y concitar el éxito por medio de una serie de cálculos sociológicos sobre el medio, la sensibilidad y el alcance intelectual de una mayoría. Una forma científica de causar placer.»

Las consecuencias van dimanando de ahí:

«Pero aquí viene lo grave: ofreciendo con seguridad un producto que causa placer, éste se presta mucho a la persuasión dentro de una determinada ideología, que conviene asentar para que se siga recibiendo placer de lo que se ha calculado. Es necesario que no se produzcan cambios desorientadores, que conozcamos bien el mundo sobre el que pretendemos influir.»

De esto deriva su explotación comercial y política.

«La moderna cultura de masas se asienta sobre objetivos comerciales y políticos, que a la hora de hoy nadie debiera ignorar. El objetivo intrínseco del poder no tiene nada que ver con la cultura en sí, pero, modernamente, sí que puede y tiene que contar con la cultura de masas y los nuevos medios de comunicación. La forma de creación incontrolada y "reactiva" puede, ocasionalmente, ser un problema, chocar frontalmente con los objetivos y previsiones del poder. Este drama ya lo pro-

fetizó angustiosamente Nietzsche. Todo cuanto estoy diciendo parece elemental y sobradamente sabido y repetido en los últimos tiempos, pero no parece causar una gran desazón. Contra esa cultura de la creación espontánea que más atrevidamente ensancha los límites del conocimiento se alza el mastodonte del poder y la cultura de masas para someterlo a examen y depuración. Sería estúpido no pensar que, en ese examen y depuración, el poder —por sus objetivos de control— y la cultura de masas —por sus objetivos económicos— tienen que tender a defender sus intereses. Nunca como ahora esta forma de cultura primigenia ha sido tan mortalmente humillada, y es necesario vivir en centros y ambientes donde estas minorías todavía se defienden y prosperan. Determinadas ciudades y Universidades en determinados países del mundo. Se piensa, casi, en la extinción de una especie y en la muerte de la inteligencia libre de trabas.»

La democracia no es ajena a la realización de este fenómeno de la cultura de masas.

«Las democracias de todo el mundo defienden la libertad de pensamiento, sus menos trabas posibles; pero su oferta de libertad es más ambigua de lo que parece. El poder democrático siempre defenderá sus posiciones, con el apoyo y resistencia de la cultura de masas, ante lo que turbe su concepto de la vida y el orden desde la detentación del poder. Fatalmente, en las democracias también, la influencia de un individuo singular sobre los demás tiene que pasar por un examen y depuración. ¿Qué nos revela ese individuo singular, qué aplicación darle en la evolución de nuestros conocimientos? Mas hoy, entre el individuo y los otros se alza un intermedio exigente: la cultura de masas y sus limitaciones preceptivas. Nada tiene verdadera difusión si no es masivamente y, en una cultura de masas fielmente segura de sí misma, cuanto más masivamente, mejor.»

«Sus formas y sus ideas están dándole al mundo entero, a toda la civilización, una mentalidad. Yo diría una mentalidad democrática pero ambigua. La democrática cultura de masas todo lo acepta porque todo lo digiere a su modo y todo lo transforma a su conveniencia. Tiene el poder de arrollar a las minorías engulléndolas con una beatífica expresión.»

«Como la cultura de masas no jerarquiza por su propia entraña democrática todo es cultura, lo más y lo menos.»

Los intelectuales deben darse cuenta de esa mixtificación. Nieva les advierte:

«Es increíble que los intelectuales, no ignorando ya la importancia y el triunfo aterrador de la cultura de masas, hablen de la cultura de modo tan general, sin advertir a las masas de

que no es cultura todo lo que se ve como tal. Todo lo que se ve como cultura cuando sólo es un negocio de la cultura de masas, ante el que un hombre inteligente y libre tiene que reaccionar con aversión. O con desprecio. Pero cuántos saben que su aversión o su desprecio, ni aun expresados libremente, servirán de nada. Se sentirán confundidos moralmente por la necesidad de una tolerancia universal, que todo es aceptable ...»

Es preciso distinguir la verdadera cultura y la llamada cultura de masas, que no es cultura. Se confunde en cuanto se...

«... abraza tan idealmente el concepto general de cultura sin enterarse todavía de que con ello engloba a una cultura de masas en donde el Poder y el dinero se burlan de su tolerancia estética.»

IV. LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN DE MASAS Y LA INCULTURACIÓN

Este problema, referido en concreto al efecto de los medios audiovisuales, había sido tratado por Arturo Usler Pietri, en su artículo TELEVISIÓN Y CULTURA, en la tercera plana de ABC de 17 del mismo mes de mayo.

«*Daedalus*, el excelente periódico de la Academia Americana de Artes y Ciencias de Estados Unidos, ha publicado, en su edición del otoño de 1982, un número monográfico consagrado a la debatida cuestión del antagonismo o la complementariedad de lo que llama la cultura impresa y la cultura del video.

»Es bastante más que un debate académico y está en el centro mismo de las preocupaciones de los hombres de pensamiento de nuestro tiempo ...»

La cuestión había sido planteada por McLuhan.

«Muchos advirtieron y denunciaron los poderosos cambios que esta revolución de las comunicaciones iba a producir en la vida social y en la mentalidad del hombre. Hace un cuarto de siglo Marshall McLuhan, con tono profético y extraordinaria novedad de análisis, señaló las inmensas consecuencias de todo tipo que los nuevos medios de comunicación habían comenzado a producir en la sociedad moderna y que iban a transformarla radicalmente en todos sus aspectos.»

Ahora:

«En la edición de *Daedalus*, en un conjunto de artículos escritos por calificados especialistas, se examinan los principales aspectos de esta vital cuestión. Los alcances y efectos de la nueva tecnología, las posibilidades de la nueva impresión electrónica, la formación de nuevos mitos colectivos, el destino de la cultura impresa, el surgimiento de una nueva y creciente clase de iletrados, la aparición de nuevas formas del arte narrativo, los nuevos convencionalismos de la noticia, el revelador caso de "Vietnam, la guerra televisada"»

Sin duda en el aspecto cuantitativo, la denominada cultura del video logra dimensiones incomparablemente mayores de las antes alcanzadas por la calificada de cultura impresa, y sigue superándola a pesar del incremento editorial de ésta.

«Hace un siglo, en plena época victoriana, toda la cultura era impresa y era una cultura de minorías. No sólo había enormes masas analfabetas, sino una mayoría, aun en los países más avanzados, de gente que leía muy poco, que estaba realmente fuera del mundo de la literatura y que apenas iban más allá de leer el diario y ello de una manera muy superficial y limitada. Ciertamente, hoy se lee más en el mundo entero. No sólo se ha luchado intensamente contra el analfabetismo, sino que se leen más libros que en ninguna otra época anterior. Sin embargo, el problema existe y se plantea en otra dirección. El poder de alcance y penetración de la TV no lo ha tenido nunca y no lo tendrá nunca la cultura impresa. Una inmensa parte del gran público de hoy, que hubiera permanecido prácticamente fuera o en el más estrecho y remoto margen de la cultura impresa, no sólo no tiene otra fuente de información y de cultura distinta de los medios audiovisuales, sino que es gracias exclusivamente a esos medios que se ha asomado a una visión del mundo y de la cultura. La TV no se los ha arrebatado al libro, aun sin ella hubieran leído muy poco o nada, pero al mismo tiempo el libro no podrá quitárselos a la TV. Pertenecen literalmente a otro mundo, que se está convirtiendo fatalmente en el mundo dominante. La cultura de masas de nuestro tiempo, no puede ser sino una cultura de video.

»En el mundo entero centenares de millones de personas participan y entran a través de la TV en inmensas participaciones y mensajes culturales. Habría que pensar en la mentalidad, los valores y la visión del mundo que programas que logran pasar todas las fronteras lingüísticas y culturales tienen en la humanidad de hoy. Gentes de los cinco continentes conviven y participan de los valores y prejuicios de los personajes de algunas grandes series de TV transnacionales.»

Pero no se trata de la cantidad, sino de la calidad del contenido del mensaje.

«El problema cierto no es que la cultura de video vaya a matar y substituir a la cultura del libro, sino que una inmensa mayoría de la humanidad, que nunca hubiera llegado a la cultura del libro, va a quedar definitivamente entregada a la cultura del video de una manera incontrastable.

»Lo más grave no sería que hubiera dos mundos sometidos a dos sistemas de comunicación distintos, sino que el contenido de ese mensaje cultural que reciban llegará a ser tan distinto como pueden ser *Dallas* y *La Guerra y la Paz*, o *Dinastía* y *El Quijote*.

»Si de lo que se tratara fuera simplemente de una utilización preferencial de medios, el riesgo sería mucho menor, pero el peligro verdadero y grande está en el contenido mismo del mensaje cultural. Ya desde Marshall McLuhan sabemos que el medio no es indiferente. En mucho más de un sentido el medio es el mensaje.»

La masificación de la cultura, sea así difundida por letra impresa o por medios audiovisuales, incluso provoca una desinformación o malinformación de los así informados, y deforma a los hombres de cultura. Así lo explica el P. J. L. Martín Descalzo, en su artículo ME ACUSO, PADRE..., publicado el 8 de julio de 1983, también en tercera plana de ABC, que inicia con esta pregunta:

«¿No estaremos, me pregunto, contribuyendo decisivamente los periodistas a ensuciar y ennegrecer el mundo? Pido al lector que no crea que aludo a la Prensa pornográfica o la misma sensacionalista (aunque en ambas ese ennegrecimiento se multiplique). Hablo de los periódicos y periodistas que llamamos "normales", que por exigencias de su profesión, para cumplir lo que su profesión les exige, tienden a diario a agredir los nervios de la Humanidad.»

Y, ante ella, reflexiona en voz alta:

«... resulta que nos hemos convertido en invasores, como acaparamos, al menos, el ochenta por ciento de los conocimientos que el hombre medio tiene —que vive mucho más de nosotros, que de los libros o de sus propios pensamientos— hemos aquí convertidos en filtros de permanente amargura, en destiladores de tensión en las almas, en deformadores sistemáticos de la visión que del mundo tienen nuestros contemporáneos.»

«Me temo que estamos pasando de un "mundo informado" a un "mundo superarchirrequeinformado". Decimos a veces que somos el cuarto poder y es probable que no lo seamos en la política o en la economía, pero en las conciencias somos el primero.

»Y el problema se agrava dadas las circunstancias de nuestro trabajo. Porque resulta que los periódicos son mucho peores que los periodistas y que nosotros volcamos casi siempre en nuestros artículos lo peor de nosotros mismos, al juntarse en nuestras plumas esos dos monstruos que son las prisas y la necesidad de triunfar.»

«Vivimos en una prensa que tiene la competencia como primera norma. No importa en ella hacer buenos periódicos; importa hacer diarios que la gente lea y discuta. No se valora demasiado el escribir bien, lo que sirve es escribir agresivamente. En un periodista de hoy cuentan mucho más los espo-

lones que la pluma. Hay que llamar la atención a toda costa. Hay que conseguir ser distintos y no buenos, llamativos y no hondos; hemos renunciado ya a pasar a las páginas de la historia literaria; consigamos, al menos, entrar en el libro urgente de la actualidad y de los chismorreos.

»Y detrás viene la prisa. Si los lectores supieran en qué condiciones escribimos, nadie nos leería. Hace tiempo que aprendí en los periódicos que aquí lo importante no es tener muchas cosas que decir, ni siquiera el decir las bien. Lo único que cuenta es decir las antes que los demás, ganar al contrincante por la mano, opinar hoy sobre lo divino y lo humano, aunque nada sepamos de lo uno ni lo otro.»

«Cuanto más hondo es lo que tienes que contar, menos tiempo tienes para reflexionar. La gente debería leernos con setecientas lupas, desconfiando de cada uno de nuestros adjetivos. Y, asombrosamente, todos hablan mal de los periódicos y de la televisión. Pero todos se alimentan de los unos y la otra.»

He ahí, en fin, el riesgo para los mismos intelectuales:

«... Hace siglo y medio intuyó todo esto con palabras proféticas Kierkegaard al asegurar que "los periódicos son el sofisma más funesto que haya aparecido", porque veía que en el futuro iban a concederse los altavoces del mundo a quienes menos los merecían. Contaba él, que era como si en una nave hubiera un solo megáfono y de él se hubiera apoderado el pinche de cocina. La conclusión es que todos los altísimos pensamientos del pinche de cocina ("pon manteca a las espinacas"; "hoy hace buen tiempo"; "quién sabe si algo anda mal por allí") se oírían por toda la nave, mientras que el pobre capitán gritaría inútilmente, aunque tuviera cosas mucho más importantes que decir. Al final el mismo capitán tendría que mendigarle al pinche de cocina que transmitiera sus instrucciones, pero aún éstas se transmitirían alteradas por la estupidez del mozo. Al final el pinche de cocina se apoderaría de la dirección de la nave.

»Terrible profecía que vemos a diario realizada: hasta los grandes escritores y filósofos mendigan hoy un sitio en nuestras páginas si quieren existir; hasta se rebajan al "lenguaje periodístico" y tratan de "llamar la atención" como vicetiples.

»Hemos pues aquí, reyes de lo superficial y lo ácido, dirigiendo un mundo que desconocemos, contagiando a los humanos nuestro culto a lo raro, obligándoles a creer que el mundo abunda en hombres que muerden a sus perros, ayudándoles a levantar los puños contra un cielo que habría creado mal las cosas y consiguiendo que el hombre no vea jamás los ríos de amor y de ternura que cruzan por el mundo.»